

XXI

El domingo, al abrir la ventana, observé que volvía la primavera. La atmósfera aparecía más templada, aunque vacilante aún; en los postreros estremecimientos del invierno presentíanse los primeros ardores del sol. Aspiré por largo rato aquella oleada de vida que se mecía en el firmamento, y experimenté gran alegría al percibir aquellos perfumes cálidos y un tanto acres que subían de la tierra.

A cada primavera mi corazón se rejuvenece y mi cuerpo se torna más ligero. Todo mi sér parece purificarse. Ante el pálido y claro cielo, de deslumbradora blancura allá en el oriente, mi juventud se despertó. Fijé la vista en la gran pared, y la hallé limpia; entre las piedras habían brotado tallos de hierbas. Miré a la calle; el arroyo y las aceras estaban blancos; las casas, lavadas por las lluvias, reían al sol. La estación juvenil comunicaba su alegría a cuanto me rodeaba.

Crucé los brazos con fuerza. Acto seguido, volviéndome, grité a Lorenza:

—Levántate, levántate. Mira la primavera que nos llama.

Lorenza se levantó, mientras que yo iba a pedir

prestados a María un traje y un sombrero y veinte francos a Santiago. El vestido era blanco con ramitos color de lila; el sombrero tenía grandes cintas coloradas.

Di prisa a Lorenza y yo mismo le puse el sombrero; no veía la hora de hallarme al sol. En la calle anduve con rapidez, sin levantar la cabeza, esperando llegar a los árboles; oía con una especie de recogida emoción el rumor de las voces y de los pasos. En el jardín del Luxemburgo, en frente de los grandes grupos de castaños, me flaquearon las piernas y tuve que sentarme. Hacía dos meses que no había salido. Permanecí sentado en un banco un cuarto de hora largo, contemplando la naciente verdura, el purísimo cielo. Tal era la obscuridad de que salía, que la primavera me deslumbraba.

Dije entonces a Lorenza que íbamos a andar mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que no pudiésemos más. Iríamos caminando así, en la templada atmósfera, húmeda aún, por medio de la hierba, en pleno sol.

Lorenza, que también se despertaba, se levantó y me arrastró a pasos precipitados, como una niña.

Tomamos la calle del Infierno y el camino de Orleáns. Todas las ventanas estaban abiertas, dejando ver los muebles. En las puertas veíanse hombres con blusas blancas, que hablaban fumando. Oíanse salir de las tiendas grandes carcajadas. Todo cuanto me rodeaba, calles, casas, árboles, cielo, me parecía haber sido limpiado con esmero. Los horizontes veíanse también despejados, nuevecitos, blancos de limpieza y de luz.

En las fortificaciones encontramos las primeras hierbas, hierbas cortas aún, en extensas alfombras. Bajamos al foso, andando a lo largo de las altas murallas grises y recorriéndolas en sus án-

gulos. De un lado el pálido muro, del otro el verde talud; se avanza como por una calle desierta y silenciosa, que no tuviese casas. Hay sitios en que los rayos del sol se concentran, haciendo brotar enormes cardos que puebla toda una nación de insectos, escarabajos, mariposas, abejas; aquellos parajes son todo zumbidos y calor. Pero por la mañana el talud presta su sombra; anda uno sin ruido, sobre césped fino y apretado, teniendo delante de sí una faja estrecha de cielo, sobre la que destacan, en plena luz, los raquíuticos árboles que dominan la muralla.

Los fosos de las fortificaciones son pequeños desiertos, en los que con frecuencia me he olvidado de mí. El limitado horizonte, la sombra, el silencio, que hacen más sensible el sordo murmullo de la gran ciudad, y los clarines de los inmediatos cuarteles, forman de todo aquello un sitio predilecto para los pilluelos, para los muchachos grandes y pequeños. Se está allí como en un agujero, a las puertas de la ciudad, sintiéndola jaderar y estremecerse, pero sin disfrutar de su vida.

Durante cosa de media hora, Lorenza y yo nos contentamos con aquella torrentera, que nos hacía echar en olvido las casas y los senderos practicados; nos hallábamos a mil leguas de París, lejos de toda habitación, sin ver más que piedras, hierbas y cielo.

Luego, sofocados ya, ansiosos de hallarnos en la llanura, subimos corriendo el talud. La inmensa campiña se extendía a nuestra vista.

Nos hallábamos en los eriales de Montrouge. Aquellos campos, ahondados y fangosos se hallan heridos de eterna desolación, de miseria, de lúgubre poesía. Acá y acullá el suelo parece bostezar espantosamente, dejando ver, como entrañas al descubierto, antiguas canteras abandonadas, perdido el color, y profundas. Ni un árbol siquie-

ra; en el horizonte rebajado y tétrico destacan sólo las grandes ruedas de las cábricas. Las tierras revisten no sé qué aspecto sórdido y se hallan cubiertas de vestigios sin nombre. Los caminos se tuercen, se hienden y se prolongan con melancolía. Casuchas nuevas en ruinas y montones de casote de yeso, se ofrecen al volver de cada senda. Todo se presenta desapacible a la vista, las tierras negras, las piedras blancas y el cielo azul. El paisaje entero, con su aspecto enfermizo, con sus llanos bruscamente interrumpidos, y sus extensas grietas, ofrece la indecible tristeza de las comarcas que la mano del hombre ha destruído.

Lorenza, que se había quedado ensimismada en los fosos de las fortificaciones, se estrechó contra mí al cruzar la desolada llanura. Anduvimos en silencio, volviéndonos a veces para ver París, que murmuraba en el horizonte. Luego dirigimos la vista a los pies, para evitar los hoyos, y contemplando, con el alma entristecida, aquella llanura cuyas abiertas heridas mostraba el sol implacable.

Allá lejos se hallaban las iglesias, los panteones y los palacios reales; aquí se veían las ruinas de un suelo trastornado, que se había registrado y robado para edificar templos a los hombres, a los reyes y a Dios. La ciudad daba la explicación de aquella llanura; París tenía a las puertas la desolación que sirve de base a toda grandeza. No conozco nada más tétrico ni más doloroso que esos terrenos incultos que rodean las grandes ciudades aun, cuando ya no son campos; poseen el polvo, las mutilaciones del hombre, y ya no tienen la verdura ni la tranquila majestad de Dios.

Teníamos prisa en irnos de allí. Lorenza se hería los pies, y tenía miedo a aquel desorden, a aquella melancolía que le recordaba nuestra habitación. Por mi parte, yo encontraba allí mi

amor, mi perturbada y dolorosa vida. Apresuramos el paso.

Descendimos una cuesta. El Bièvre corría por el fondo del valle, azulado y turbio. Algunos árboles, de trecho en trecho, bordeaban el riachuelo; grandes casas, sombrías, medio derruidas y con inmensas ventanas, se alzaban a un lado y a otro, con lúgubre aspecto. La cañada es todavía más desconsoladora que la llanura; es húmeda, sucia y pestilente. Las tenerías despiden olores acres y sofocantes; las aguas del Bièvre, esa especie de cloaca al aire libre, exhalan un hedor fétido y penetrante que se adhiere a la garganta. No es la desolación melancólica y cenicienta de Montrouge; es el repugnante aspecto de un arroyuelo negro por el fango y las basuras, del que emanan las mayores pestilencias. En aquel estercolero se han desarrollado vigorosamente algunos álamos, y, allá en lo alto, sobre el esplendente cielo, destacan las extensas blancas líneas del Hospital de Bicetre, espantosa morada de la locura y de la muerte que domina dignamente el valle insalubre e innoble.

La desesperación se apoderó de mí, y me pregunté si iría a detenerme allí y pasar el día a orillas de la cloaca. ¿Conque no podía salir de París, no podía apartarme del arroyuelo? Hasta los mismos campos me perseguían la suciedad y la infamia; corrompidas se hallaban las aguas, el vigor de los árboles era enfermizo, mis ojos no encontraban sino heridas y penalidades. Aquella debía de ser la campiña que Dios me reservaba entonces. Todas las semanas, iría yo allí con Lorenza, cogido del brazo, para pasearme a orillas del Bièvre, a lo largo de las tenerías, y hablar de amor en aquella cloaca; iría allí a la hora del mediodía, a sentarme con mi amada en la grasa tierra, abismándome en la contemplación de

aquella criatura muerta y en la suciedad de aquel valle. Detúveme lleno de espanto, dispuesto a entrar corriendo en París, y miré a Lorenza.

Esta conservaba su semblante descaecido, su semblante de miseria y senectud. La sonrisa que apareció en sus labios al salir de casa, se había desvanecido; parecía cansada y aburrida; miraba a su alrededor, tranquila, sin repugnancia. Parecíame verla en nuestra habitación y comprendí que a aquella alma adormecida le hacía falta más sol, una naturaleza más placentera que le devolviera sus quince años.

Entonces la cogí fuertemente del brazo, y, sin dejarla volver la cabeza, la arrastré, subiendo la cuesta, siempre en derechura, siguiendo las sendas, atravesando los prados en demanda de la primavera joven y virgen. Durante dos horas caminamos así, sin hablar palabra y con toda rapidez.

Pasamos por dos o tres pueblecillos, Arcueil, Bourg-la-Reine, según creo; recorrimos más de veinte veredas, entre blancas tapias y setos verdes. Después, cuando acabábamos de saltar un pequeño arroyo, que corría por un valle lleno de follaje, Lorenza lanzó un grito de niña, una carcajada, y se me escapó del brazo, corriendo por la hierba, rebosante de alegría y de ingenuidad.

Nos hallábamos en un gran cuadro de césped, plantado de árboles, de altos álamos, que subían majestuosamente, de un solo vástago, y se balanceaban con languidez en el ambiente azul. El césped era fuerte y espeso, negro a la sombra, dorado al sol; se le habría tenido, cuando el viento agitaba los álamos, por una ancha alfombra de seda con cambiantes reflejos.

Alrededor extendíanse tierras labradas, cubiertas de arbustos y de plantas; el horizonte no era más que hojarasca. Una casita blanca, baja y ex-

tensa, guarecida a la sombra de un grupo de árboles, destacaba alegremente de toda aquella verdura. Más lejos, más arriba, en el límite del cielo, al través de las umbrías, se distinguían los primeros techos de Fontenay-aux-Roses.

La verdura era de la víspera, y tenía frescuras e inocencias de virgen; las hojas acabadas de brotar, pálidas y tiernas, en masas claras, se asemejaban a un encaje ligero y delicado, puesto sobre el gran velo azul del firmamento. Hasta los troncos, los troncos viejos y rugosos, parecían como acabados de pintar; habían ocultado sus heridas bajo el nuevo musgo.

Era aquello como un himno universal, una alegría fresca y acariciadora. Las piedras y las tierras, el cielo y las aguas, todo parecía limpio y vigoroso, sano e inocente. El campo infantil, verde y dorado, bajo el infinito horizonte azul, reía-se a la esplendente luz, embriagado de savia, de juventud, de virginidad.

Y en medio de aquella juventud, de aquella virginidad, corría Lorenza en plena luz, en plena savia. Habíase sumergido en la hierba, en el aire puro, había recobrado sus quince años. La tierna verdura le refrescaba la sangre; los juveniles rayos solares le caldeaban el corazón y le coloreaban las mejillas. Todo su sér despertaba en aquel despertar de la tierra; como la tierra, volvía a ser virgen, en aquella estación primaveral.

Lorenza corría como una loca, flexible y vigorosa, impulsada por la nueva vida que cantaba dentro de su sér. Se tendía, se levantaba con viveza, reía-se a carcajadas, se bajaba para coger una flor; luego corría por entre los árboles, volvía encendida y ardorosa. Todo su rostro se había animado, las facciones, distendidas; suavizadas, mostraban franca expresión de alegría. Franco era

también su reír, sonoro su acento, su ademán cariñoso.

Sentado contra un árbol, seguía la con la vista, destacándose blanca sobre la hierba, con el sombrero echado a la espalda; agradábame sobremedera la vista de aquel bonito vestido limpio, ligero, que Lorenza llevaba castamente y que le comunicaba un aspecto de colegiala revoltosa. Corría a mí, y me echaba, puñado tras puñado, las flores que cogía, margaritas, ranúnculos, agabanzos y lirios de los valles; luego volvía a echar a correr, deslumbradora al sol, pálida y transparente a la sombra, como canturreando a la luz, sin poderse detener. Henchía aquellas hojas y aquellas hierbas de ruido y de movimiento; poblaba aquel perdido rincón. Desde que aquella blanca muchacha reía en la verdura, la primavera parecía ostentar mayor claridad.

Fresca, enrojecida y vibrante de gozo, Lorenza vino a sentarse a mi lado. Húmeda por el rocío, su seno se levantaba con rapidez, rebosante de hálitos de juventud y de frescura; exhalaba un grato aroma de hierbas y de salud. Tenía por último a mi lado una mujer, que vivía con largueza, puramente y mirando a la luz. Me incliné y besé a Lorenza en la frente.

Ella tomaba las flores una a una y las disponía en forma de ramillete. El sol iba ascendiendo y las sombras ofrecíanse más marcadas; a nuestro alrededor reinaba un gran silencio. Tendido boca arriba, miraba el cielo, miraba las hojas, miraba a Lorenza. El cielo presentaba un tinte azul mate; las hojas, languidecientes ya, dormían al sol; Lorenza, con la cabeza inclinada, tranquila y sonriente, se afanaba con movimientos vivos y flexibles.

No podía apartar mis miradas de aquella mujer modelo tendida en el suelo, casi casi envuelta

entre las faldas, con la frente bañada en dorada sombra, que se me aparecía inocente y activa, como en plenos quince años. Disfrutaba de tan grande quietud, de tan intensa alegría, que no me atrevía a moverme ni a hablar; vivía con la ilusión de que la primavera se encontraba dentro de mí, en torno mío, y de que Lorenza era virgen; perdíame en aquel sueño de la pureza de mi amada y de lo sublime de mi amor.

Amaba al fin a una mujer; aquella mujer se reía, aquella mujer existía, tenía hermosos colores, la franca alegría de la juventud.

Los días transcurridos no existían ya; el porvenir se me presentaba en tranquila claridad, esplendente. Mis ensueños de virginidad, mi amor a la luz, iban a verse satisfechos; desde aquella hora daba principio para mí a una vida de éxtasis y de ternura. Ya no me acordaba del Bievre, de aquella cloca negruzca, en cuya orilla tuve la horripilante tentación de sentarme y de besar a Lorenza.

Ahora deseaba habitar la casita blanca, allá abajo, a la entrada del macizo de árboles, y vivir allí por siempre con mi amiga, con mi mujer, en medio del rocío, del sol, del aire puro.

Lorenza acababa de atar su ramito con un cabito de hierba. Eran las once y no habíamos comido nada todavía. Fuémos preciso alejarnos de aquellos árboles, bajo cuya sombra mi alma había amado por la vez primera, y ponernos en busca de un figón. Eché a andar hacia adelante, al través de la campiña, por angostas sendas, limitadas por fresales. Lorenza iba detrás de mí, recogiendo las faldas y distraiéndose en cada vallado. Súbitamente, al revolver de un camino, dimos con lo que íbamos buscando.

El figón en que entramos está situado en un repliegue del terreno entre Fontenay y Sceaux,

muy cerca del estanque de Plessis-Piquet. Por la parte de afuera no se ve más que una construcción sólida, un prado de verdura, y una veintena de árboles que han crecido exuberantes; los domingos sale de aquel inmenso nido un ruido de tenedores y cuchillos, de carcajadas y de canciones. En la parte de adentro, cuando se ha atravesado la puerta, sobre la cual se ha colocado al sesgo un ancho rótulo, y cuando se ha bajado una cuesta suave, nos encontramos en una avenida sombreada por el follaje y limitada a un lado y otro por bosquecillos de verdura; cada uno de estos bosquecillos está provisto de una larga mesa y de dos bancos, fijos en el suelo, enrojecidos y ennegrecidos por la lluvia. En lo más apartado, la avenida se ensancha, y se ve un claro, en el que hay un columpio colgado de dos árboles.

Los bosquecillos se hallaban a la sazón silenciosos y desiertos. Unos hombres con blusas azules y algunos labriegos se columpiaban; un perro enorme se hallaba gravemente sentado sobre sus patas traseras, en mitad de la avenida.

Lorenza y yo nos sentamos bajo una bóveda, a una gran mesa de veinte eubiertos. Estaba casi obscuro bajo las hojas y el fresco que hacía era penetrante. En lontananza distinguíamos, entre el ramaje, la campiña resplandeciente de sol, adormecida en los primeros rayos primaverales. Las caricias del grupo de árboles casi habían florecido la víspera; los perfumes dulces y suaves de sus racimos henchían el ambiente tranquilo y acariciador.

Nos pusieron una servilleta al extremo de la mesa, a guisa de mantel, y luego nos sirvieron lo que habíamos pedido, esto es, chuletas, huevos y no recuerdo qué más. El vino, contenido en un jarrito de asperón azulado, arañaba la garganta;

un tanto fuerte y áspero, abría maravillosamente el apetito.

Lorenza devoraba; no tenía yo noticia de aquellos hermosos dientes blancos, hambrientos, que mordían el pan con ruidosas carcajadas.

En mi vida he comido de mejor gana. Sentíame ligero de alma y de cuerpo, y me sorprendía creyéndome todavía estudiante, en los días aquellos en que íbamos a bañarnos en el riachuelo y a comer sobre la hierba de la orilla.

Agradábame aquel lienzo blanco sobre la negra mesa, aquellas tinieblas producidas por el follaje, aquellos tenedores de hierro y con aquella grosera vajilla;; miraba a Lorenza y mi vida se extasiaba en la plenitud de mis sensaciones, gozando con voluptuosidad de todo cuanto me rodeaba.

A los postres, el jefe de cocina se acercó a recibir nuestras felicitaciones. Era un viejo de aventajada estatura, algo encorvado y vestido de blanco de la cabeza a los pies. Llevaba un gorro de algodón, y, atraídos sobre las sienas, dos mechones de cabellos grises y rizados, entre los cuales quedaban olvidados algunos papillotes.

Lorenza se estuvo riendo durante una hora de aquel extraño semblante, que revelaba tanta astucia como ingenuidad.

No conservo memoria de lo que hicimos hasta la noche. El día fué un día de sol, de deslumbramiento. No sé qué senderos tomamos ni qué sombras elegimos. Cuando recuerdo aquellas horas de éxtasis, me acude un resplandor ante los ojos. La memoria de los detalles se muestra rebelde, y mi ser entero conserva la sensación de una gran felicidad, de una gran luz. Paréceme, por modo vago, que tanto Lorenza como yo nos extraviámos en el fondo de alguna sima, en el musgo, sin ver otra cosa que un inmenso pedazo de cielo; allí perma-

necimos, estrechándonos las manos, hablando poco; embriagados, nuestros ojos, elevados a la región etérea, se llenaron de brillantes reflejos hasta cegar, y ya no vimos sino nuestros corazones y nuestros pensamientos.

Mas quizás todo esto no es más que un sueño; faltame la memoria y sólo me doy cuenta de haber estado ciego y de haber entrevisto millares de astros en mis tinieblas.

A la noche, sin saber de qué modo, fuimos a encontrarnos en el mismo figón. Había allí mucha gente. Multitud de jóvenes de ambos sexos llenaban los bosquecillos, promoviendo gran alboroto; los vestidos blancos, las cintas coloradas y azules resaltaban sobre el verde claro de las hojas; las carcajadas estallaban alegres en el crepúsculo. Habíanse colocado algunas bujías encendidas sobre las mesas, marcando con puntos luminosos la obscuridad naciente. Unos tiroleses cantaban en medio de la avenida.

Comimos en el extremo de una mesa, como por la mañana, tomando parte en las risas y haciendo un esfuerzo para engañarnos a nosotros mismos.

La bulliciosa juventud que nos rodeaba me asustaba un poco; creía encontrar allí multitud de Santiagos, muchas Marias. Por entre el ramaje distinguía un jirón de cielo, pálido y melancólico, sin estrellas aún; costábame trabajo apartar las miradas de los tranquilos espacios, para fijarlas en el mundo de la locura que gritaba a mi alrededor. Acuérdomme hoy día de que Lorenza parecía hallarse febril, turbada.

Después se restableció el silencio, todos se alejaron y allí permanecimos nosotros. Habíame propuesto que nos quedásemos a dormir en el figón para disfrutar al siguiente día del rocío y de las suaves claridades de la aurora. La espera de que nos arreglasen la cama, fuí con Lorenza a sen-

tarme en el hondo del jardín. La noche estaba tibia, estrellada, transparente; vagos rumores surgían de la tierra; un cornetín, allá en la altura, lamentábase con acento débil y amoroso. La llanura, con sus grandes masas de follage, negras e inmóviles, extendía sus horizontes misteriosos; parecía dormir, estremecida, agitada por un ensueño de amor.

Nuestra habitación me pareció húmeda; hallábase a plan terreno; era baja de techo, y nueva, pero ya estropeada y desprovista de muebles. En el techo algunos amantes habían escrito sus nombres, paseando por el enyesado la llama de una vela de sebo; las letras, nudosas y temblosas, se extendían, anchas y negras. Yo tomé un cuchillo, y, como un niño, grabé una sencilla fecha debajo de un tragaluz en forma de corazón, que tenía vista al campo, sin reja y sin postigos de madera.

Si la habitación no era hermosa, la cama era buena. Por la mañana, al despertarme, y medio dormido, distinguí en la pared frontera a mí, un espectáculo que no pude comprender y que produjo en mí verdadero espanto.

La habitación se hallaba oscura aun; en la pared, y en mitad de la sombra, veíase un enorme corazón manando sangre. Creí sentir mi pecho vacío y púseme en busca de mi amor con desesperación. Sentí que mi amor me mordía las entrañas, y comprendí que el sol se alzaba y que, con toda libertad, penetraba por el tragaluz.

Lorenza se levantó y abrimos la puerta y la ventana. Una oleada de frescura invadió la habitación, trayendo consigo todos los perfumes de la campiña. Las acacias, plantadas casi en el umbral, exhalaban olor más dulce, más suave. Una rosada aurora parecía en el cielo y en la tierra.

Lorenza se bebió una taza de leche, y, antes de regresar a París, quise subir al bosque de Verrie-

res, para llevarme en el corazón todo el aire puro de la mañana. Allá arriba, en el bosque, anduvimos poco a poco, por las calles de árboles.

El bosque se ofrecía como una hermosa desposada al siguiente día de sus bodas; presentaba lágrimas de voluptuosidad, juvenil languidez, húmeda frescura, perfumes tibios y penetrantes. El sol en el horizonte se deslizaba oblicuamente, entre los árboles, formando extensas claridades: no sé qué dulzura se desprendía de aquellos rayos de oro que se esparcían por la tierra, como velos de seda suaves y deslumbradores. Y en la frescura percibíase el despertar del bosque, esos mil rumorillos que atestiguan la vida de los manantiales y de las plantas. Sobre nuestras cabezas oíase el canto de los pájaros, y, en torno nuestro, el murmurio de las corrientes aguas, suspiros profundos y misteriosos, que parecían salir del nudoso seno de las encinas.

Ibamos adelantando lentamente, complaciéndonos en entretenernos al sol y a la sombra, aspirando el fresco ambiente y como tratando de coger al vuelo, el sentido de las confusas palabras que los ojiacantos nos dirigían al pasar.

Oh! dulce y sonriente mañana, humedecida por dichosas lágrimas, enternecida de alegría y de juventud! La campiña se encontraba entonces en aquella edad encantadora en que la vieja naturaleza ostenta, durante algunos días, las delicadas gracias de la infancia.

Llevando a Lorenza del brazo, regresé a París, joven y fuerte, embriagado de luz, de primavera, con el corazón rebosante de rocío y de amor. Amaba cuanto es posible, y creía ser amado,

XXII

Ha pasado la primavera y he despertado de mi sueño.

No sé qué desdichada criatura soy ni qué miserable alma se alberga en mí. La realidad penetra en mi interior, me agita: mi cuerpo padece o disfruto en alto grado de cuanto existe; compárome a un cuerpo de sonoridad exquisita que vibra a la menor sensación; poseo una percepción aguda y clara del mundo que me rodea. Y mi alma se complace en cerrarse a la verdad; huye de mi cuerpo, desdeña mis sentidos y vive en otra parte, en la mentira y en la esperanza. Así es como camino por la senda de la vida; sé y veo, me ciego y sueño.

Mientras avanzo bajo la lluvia, en pleno lodo, mientras tengo conciencia enérgica de todo el frío, de toda la humedad, puedo, mediante una facultad extraña, hacer que alumbre el sol, tener calor, crearme un cielo suave y benigno, sin cesar por ello de sentir el obscuro cielo que pesa sobre mis hombros.

No ignoro, no olvido; vivo doblemente. Poseo dos existencias paralelas, tan vivas como rigurosas; una que transcurre en este mundo, en mi mi-

seria, y la otra allá en las alturas, en la inmensa y profunda pureza del cielo azul.

Sí, tal es sin duda la explicación de mi ser; comprendo mi carne, comprendo mi corazón; tengo conocimiento de mis inocencias y de mis infamias, de mi pasión por las mentiras y por las verdades. Soy como una delicada máquina de sensaciones, sensaciones de alma y sensaciones de cuerpo. Recibo y devuelvo tembloroso el menor rayo de luz, el más imperceptible aroma, la menor prueba de ternura. Vivo muy alto, gritando de dolor, balbuceando de éxtasis, en el cielo y en el fuego, más radiante tras cualquier nueva caída.

El otro día, en la templada atmósfera, bajo los copados árboles de Fontenay, mi cuerpo se había enternecido, mi corazón había dominado.

Amaba y me cría amado. La verdad se me escapaba; veía a Lorenza vestida de blanco, joven y virgen; sus besos encerraban tanta dulzura que no parecía sino que le salían del alma. Hoy, Lorenza está ahí, sentada al borde de la cama; al contemplarla, pálida y taciturna con su ropaje sucio, mis carnes se estremecen, mi corazón se subleva.

Desapareció la primavera, Lorenza ha envejecido, y no me ama. ¡Oh, miserable criatura! ¡Me rezco llorar, pues soy el autor de mis propias lágrimas!

¿Qué me importan la fealdad de Lorenza, su mancilla, su decaimiento? ¡Que sea más fea, más envilecida, más humillada, pero que me ame! Quiero que me ame.

No echo de menos sus quince años, ni su sonrisa juvenil del otro día. Mientras corría bajo los árboles era la buena hada de mi juventud. No, no echo de menos ni su belleza ni su frescura; echo de menos el ensueño que había alimentado, al creer sentir su corazón en sus caricias.

Véola ahí, digna de compasión, anonadada.

Tengo derecho a exigir que me ame, que se entregue a mí. Acéptola en su completo sér, la quiero tal como es, adormecida y gastada, pero la quiero, la quiero con toda la fuerza de mi voluntad, con todo mi poder.

Recuerdo que he soñado su redención, que quería ver en ella más raciocinio, más pudor. ¿Qué me importa el pudor, qué el raciocinio? Exijo el amor, sea el que fuere, impúdico y loco. Estoy sediento de verme amado; no quiero ya amar solo. Nada cansa tanto al corazón como las caricias que no son devueltas. Yo he dado a esa mujer mi juventud, mis esperanzas; me he encerrado con ella en el sufrimiento y en la abyección; todo lo he olvidado en el fondo de nuestras tinieblas, el mundo y sus fallos. Me parece que bien puedo pedir en cambio a esa mujer que se una a mí, que nos confundamos en el fondo del desierto de miseria y de abandono en que vivimos los dos.

La primavera ha muerto, os repito. He soñado que el reciente follaje verdeaba al sol, que Lorenza reía como una loca entre las altas hierbas. Me encuentro en la húmeda obscuridad de mi habitación, enfrente de Lorenza, que dormita. No he dejado el desván y no he podido abrir los ojos ni los labios de aquella criatura. Todo es mentira. En este derrumbamiento de lo verdadero y de lo falso, en el confuso ruido que la vida produce dentro de mí, tan sólo siento una necesidad, una necesidad apremiante y cruel: amar, y ser amado, no importa cómo, sea donde sea, para anegarme en un abismo de amor.

¡Oh, hermanos! Si alguna vez llego a salir de la lobreguez en que vivo y se me ocurre el capricho de referir a la multitud mis lejanos amores, imitaré sin duda a esos llorones, a esos soñadores que adornan con rayos de luz a los demonios de sus veinte años, poniéndoles alas en los hombros.

Llámeseles los poetas de la juventud, a esos embaucadores que han sufrido, que han derramado todas sus lágrimas, y a quien hoy, en sus recuerdos, ya no les quedan sino sonrisas y añoranzas. Os aseguro que he visto su sangre, que he visto su carne al descubierto, desgarrada y dolorida; han vivido en el sufrimiento y han crecido en la desesperación. Sus queridas eran infames, sus amores revestían todos los horrores de los amores del arroyo. Han sido engañados, ofendidos, arrastrados en el lodo; jamás han hallado un corazón, y en cambio cada uno de ellos ha tenido su Lorenza, que ha hecho de su juventud una soledad entristecida. Luego la herida se ha cicatrizado, han llegado los años, el recuerdo ha comunicado su amoroso encanto a toda la infamia de otro tiempo y han llorado la pérdida de sus funestos amores. Así es como han creado un mundo falso de jóvenes pecadoras, de muchachas encantadoras por su indiferencia y su irreflexión. Las conocéis a todas, a las Mimí Pinsón y a las Musette; las habéis soñado a los diez y seis años, y hasta las habéis buscado quiza. Sus amantes se han mostrado pródigos con ellas; les han otorgado la belleza, la frescura, la ternura y la franqueza; han hecho de ellas tipos indelebles de amor libre, de eterna juventud; las han impuesto a nuestros corazones y se han complacido en engañarse a sí mismos. ¡Mienten, mienten, mienten!

Yo les imitaré. Como ellos, me engañaré sin duda, y crearé de buena fe las patrañas que mis recuerdos me cuenten; como ellos, sentiré cobardías, tímideces que me llevarán a no hablar alto y con franqueza al decir cuáles fueron mis amores y cuán impuras eran ellas. Lorenza se convertirá en Musette o Mimí; tendrá juventud, tendrá belleza; no será ya la mujer que está aquí, muda, desaseada; será una muchacha del todo distinta,

atolondrada, amando a tonta y a locas, viva siempre y resultando más joven, más adorable por sus mismos caprichos.

El tabuco se convertirá en una guardilla alegre, llena de flores, esplendente de sol; la tela de seda azul se trocará en indiana ligera y limpia; mi miseria rebosará de sonrisas, mis ternuras resplandecerán. Y cantaré yo también la canción de los veinte años, reanudando el estribillo donde los demás lo dejaron, continuando las palabras dulces y falaces, engañándome y engañando siempre a cuantos vengan en pos de mí.

Hermanos, en estas cartas escritas para vosotros solos, y que trazo al día y estremeciéndome aún por mis atroces agitaciones, puedo ser rudo, áspero, decirlo todo, insistiendo en mis confesiones. Me doy por completo, vivo en alta voz, y os hago entrega de mi cuerpo y de mi sangre; querría arrancarme el corazón del pecho y enseñároslo, manando sangre, enfermo, libre de sus abyecciones y de sus purezas. Siéntome más alto y más digno confesándome a vosotros; en medio de mi rebajamiento, siento una arrogancia inmensa; cuanto más desciendo, más me agiganto en desdén y en soberbia indiferencia.

¿Hay cosa más dulce que la franqueza? Dad por seguro que de diez jóvenes, ocho llevan igual vida que la mía, la misma juventud; algunos—dos o tres quizás por cada ciento—se horrorizan, lloran como lloro yo; otros, muchos millares, aceptan y viven en paz, infames y sonrientes. Todos mienten. En cuanto a mí, me siento herido, y os confieso, entre sollozos, cuáles son mis amores y con qué terrible peso me anonadan.

Más adelante mentiré.

En el día nada existe para mí, a no ser el amor de Lorenza, que no poseo y que exijo. No hay más luz, más mundo, más gentes; lo que hay, en la

sombra, es un hombre y una mujer, puestos frente a frente, para siempre jamás. El hombre, desprovisto de toda pureza, de toda hermosura, quiere ser amado por la mujer, porque tiene miedo de estar solo, porque tiene frío y porque ama. En el día postrero, cuando la humanidad agonice, cuando tan sólo quede una pareja sobre la tierra, la lucha será terrible, la desesperación inmensa, si el último amante no puede despertar a la última amante del sueño del corazón y de la carne.